

VILLAR DE GALLIMAZO

Sobre la inmensa llanura cerealística que es el Campo de Peñaranda y a 9 km al noroeste de esa villa, se alza el caserío de Villar de Gallimazo, destacando en el centro la silueta de su iglesia parroquial.

De la trayectoria histórica del lugar apenas si tenemos referencias, que además son bastante tardías. Cabe suponer que el lugar surgiría en relación con la repoblación de toda la comarca de Alba que se acomete tras las devastaciones amirís y que se potencia desde la segunda mitad del siglo XII, tras la separación de los reinos, quedando Villar de Gallimazo dentro del dominio leonés, aunque muy cerca de la frontera castellana, situación que costó al territorio algún que otro disgusto, como el saqueo sufrido en el año 1196. Sin embargo, a pesar de esta proximidad, no pertenecía a la Tierra de Alba, según se deduce de su ausencia en el largo listado que contiene el documento extendido por Alfonso IX en 1224, confirmando el reparto de heredades a las familias asentadas en todas las aldeas del término de Alba de Tormes. Su relación ya en ese momento era con las Villorias, las Cinco Villas, las Siete Villas o Valdevilloria, que de todas esas formas se llamó a la zona.

Así en el *Libro de Préstamos* de la catedral de Salamanca, de 1265, pertenece al cuarto de Valdevilloria, en el arcedianato de la capital y todavía a principios del siglo XVII era citada como Villar de Gallimazo de Valdevilloria en el *Libro de los lugares y aldeas del Obispado de Salamanca*, un manuscrito que además nos cuenta que en el lugar había un hospital "muy pobre, adonde se recogen pobres pasajeros", una ermita de la Vera Cruz y otra de San Juan y que el templo parroquial tiene "su buena capilla, y el cuerpo de la iglesia es bueno, aunque el techo no está muy seguro por estar apuntalado, aunque puede durar muchos años; tienen su sacristía y ornamentos los necesarios".

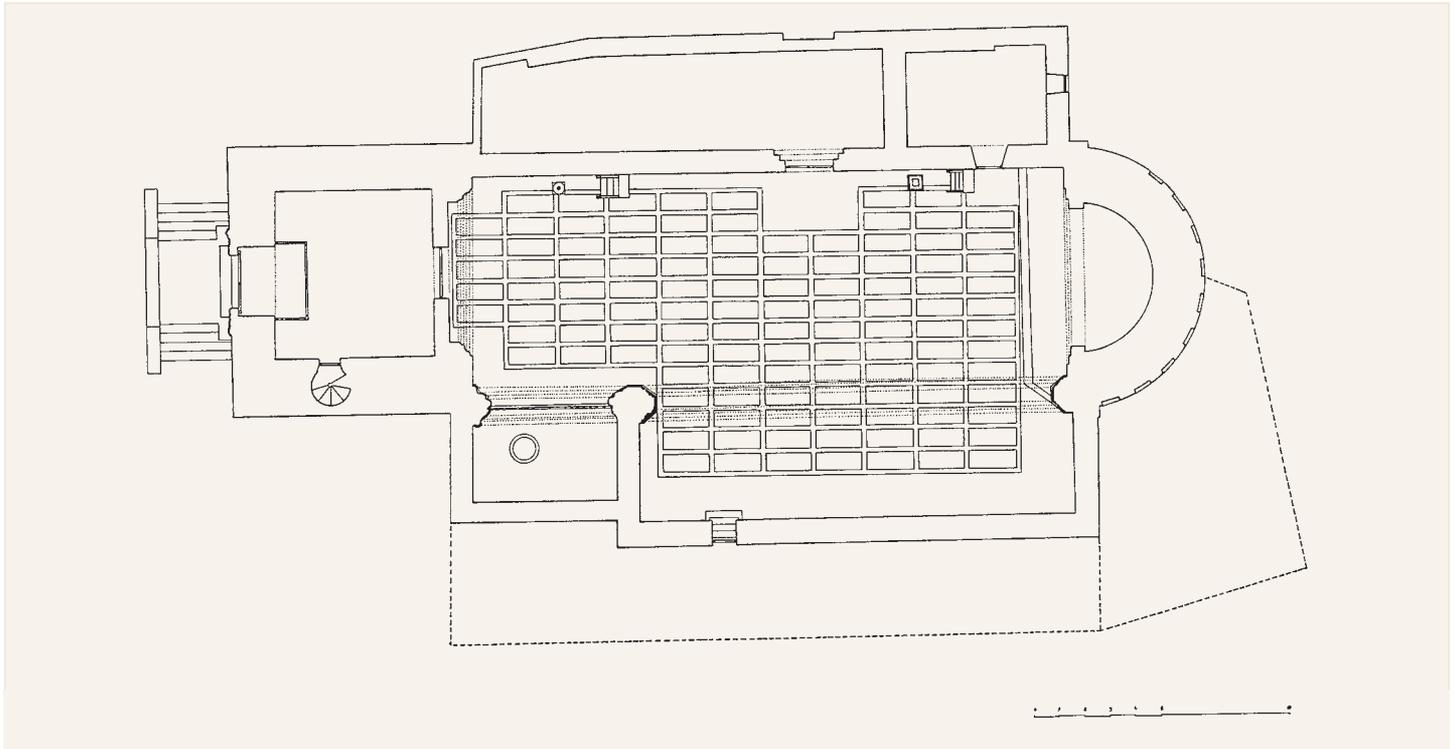
Iglesia de San Pedro y San Felipe

Vista general desde el norte



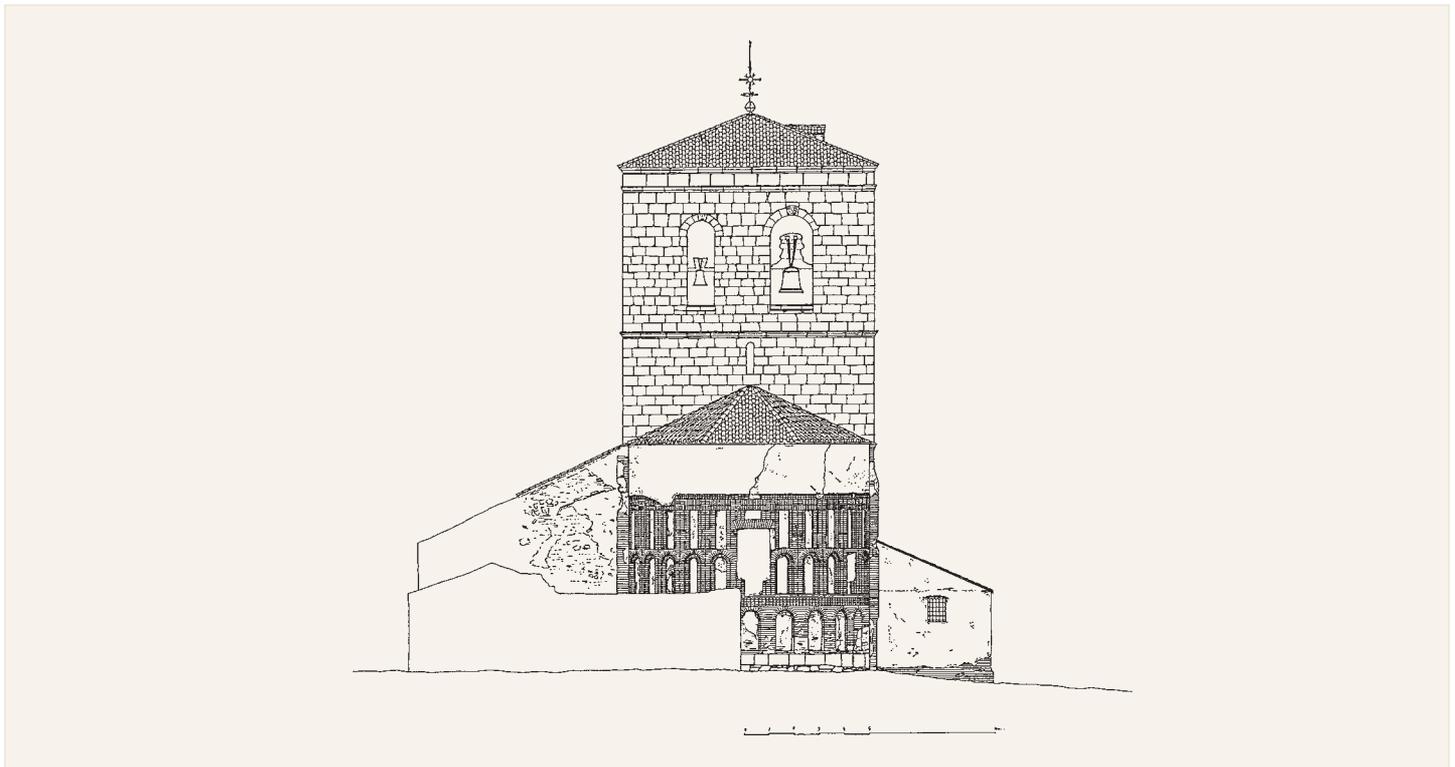
LA PARROQUIAL, UNAS VECES DENOMINADA como San Pedro, otras veces con el apelativo *ad Vincula* y otras con la doble advocación que encabeza este trabajo —como también aparece en aquel manuscrito del siglo XVII citado—, se halla en el centro del casco urbano, presidiendo una espaciosa plaza. En la construcción actual se combinan el ladrillo, el adobe, algunos paramentos revocados y buena sillería arenisca de Villamayor, elementos utilizados de forma distinta según las épocas, los añadidos y las reformas.

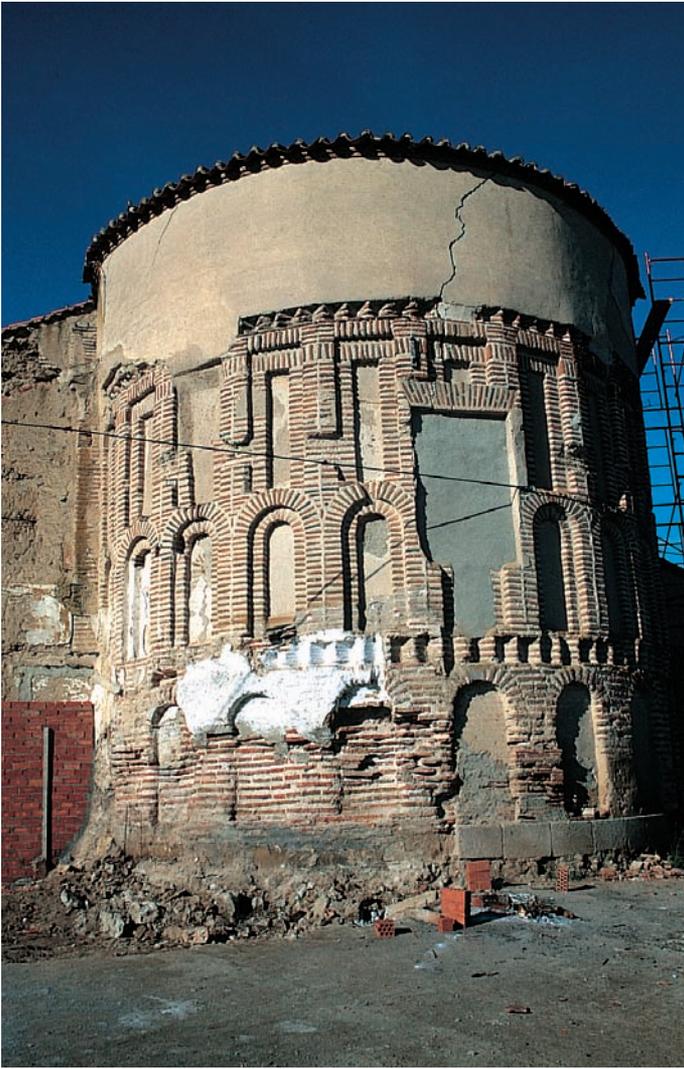
En origen, en época románica, fue una iglesia de una sola nave, con ábside semicircular, incluyendo corto presbiterio recto y al menos con una portada, situada en el lado norte. A comienzos del XVI se lleva a cabo una profunda transformación que consiste fundamentalmente en ampliar el templo. Así se construye una nueva nave en el



Planta

Alzado este





Ábside

Detalle de las arquerías del ábside



lado sur, separada de la vieja mediante un gran arco forero, añadiéndose a los pies de ésta una capilla bautismal a la que se accede por otro arco. A la vez, a los pies de la vieja nave se levanta una torre cuadrangular cuyo cuerpo inferior servía de coro y sotocoro –hoy cerrados–, precedido de una nueva y magnífica portada tardogótica. Casaseca piensa, creemos que acertadamente, que en este momento se planificó ampliar el templo hasta tres naves, añadiendo otra en el lado de la epístola, de lo que es testimonio la existencia en ese lado del arranque de un machón gótico y de una cabecera convertida en sacristía. Finalmente el conjunto se remataría en el siglo XVIII con el añadido de sendos pórticos, de ladrillo, uno al norte y otro al sur, aunque este último está muy desfigurado por reformas modernas.

A época románica se remontan los restos de la primitiva iglesia, correspondientes al ábside y a la portada que se encuentra en el muro del evangelio. Si todo ese muro norte es también de la misma época es algo que no podemos precisar por estar completamente revocado, tanto interior como exteriormente y no quedar más elementos visibles que la propia portada, aunque ésta ciertamente llama la atención. Está formada por un cuerpo cuadrangular de sillería arenisca, disponiéndose más o menos hacia el centro del muro, a ras de paramento, compuesta por arco de triple rosca, claramente en forma de herradura, hoy tabicado. Las dovelas son de aristas vivas, lisas en el arco de ingreso y decoradas en las arquivoltas con motivos geométricos a base de discos radiados con bordura segmentada y rosetas. Las jambas están formadas por triples pilastras rematadas en impostas decoradas con hexapétalas inscritas en círculos, mientras que todo el conjunto remata en una imposta con perfil de listel y chaflán con sendas cabezas humanas en los extremos.

Por lo que respecta al ábside, su planta es semicircular peraltada, incluyendo un corto tramo recto a modo de presbiterio no diferenciado ni en planta ni en altura. Está construido en ladrillo, con un parcial zócalo de sillería a todas luces bastante moderno, pues no se halla en la mitad meridional, donde hasta hace poco hubo un caseto adosado. Consta de tres cuerpos, el inferior recorrido por siete sencillos arcos de medio punto, encima de los cuales hay un friso de esquinilla que da paso al segundo cuerpo, éste con once arcos de medio punto doblados, alguno muy alterado, apreciándose también alguna pequeña saetera cegada. El interior de estos arcos conserva restos de revoco, en el que se han pintado falsos ladrillos en color rojo, meticulosamente trazados. Sin friso o imposta alguna se da paso inmediatamente al tercer cuerpo, formado por once rectángulos doblados que apoyan directamente sobre las claves de los arcos inferiores. Otro nuevo friso de

esquinilla daría paso al desaparecido alero, sustituido por un nuevo cuerpo liso, producto de un recrecimiento del templo cuando se hizo la reforma gótica. La particularidad de este ábside es la distribución de los arcos inferiores, que ni están colocados de manera alternante respecto a los superiores ni coinciden en la misma vertical.

En el lado norte se observa el arranque de la antigua nave, también de ladrillo, algo más ancha y más alta que la cabecera, con algunos restos de bandas y que también fue recrecida en la reforma gótica.

En el interior la cabecera está completamente revocada y semioculta tras el retablo barroco. El arco triunfal es de triple rosca de medio punto, muy sencillo, sin impostas. El resto del templo es resultado de la obra gótica y se cubría con un artesonado mudéjar que describe Gómez-Moreno y que posiblemente se siga conservando bajo el cielo raso actual.

Por lo que respecta a la cronología de la construcción románica, el ábside nos recuerda la composición decorativa de los de algunas iglesias vallisoletanas, como San Miguel de

Olmedo, Muriel de Zapardiel o Santa María de Mojos, aunque creemos que su desarrollada planta es una característica bastante tardía, quizá ya bien entrado el siglo XIII. Más compleja es sin embargo la portada norte, a la que Gómez-Moreno consideraba un particular ejemplo de combinación de elementos mudéjares –el arco de herradura– y netamente románicos, como es la propia construcción en piedra, estableciendo comparación con otra portada que se conservaba entonces en la parroquial de Sando. Todos los autores que han abordado después de don Manuel el estudio de la iglesia de Villar de Gallimazo siguen a pies juntillas la misma teoría, pero a nosotros nos parece que la portada de piedra no tiene demasiado que ver con lo mudéjar e incluso entendemos que es de cronología diferente. No sabríamos decir si es una portada arcaica o arcaizante y no sólo por la traza de clara herradura, que la vincularía con lo prerrománico, sino también por los propios motivos decorativos que tampoco creemos que tengan mucho que ver con las barrocas rosetas que decoran las portadas tardorrománicas en muchas iglesias

Portada en el muro norte



Detalle de la portada norte





Interior

de Salamanca, Zamora, Ávila y Segovia, a pesar de que nacen de una inspiración común, de larga tradición, con buenos ejemplos también en lo prerrománico.

No queremos decir con todo esto que la portada de Villar de Gallimazo sea prerrománica pero sí que participa de cierto regusto, por lo que pensamos que puede tratarse de uno de los más viejos testimonios, aunque ya románicos, de la provincia de Salamanca, cuya cronología podría remontarse a fines del XI o comienzos del XII.

Bibliografía

BARBERO GARCÍA, A. y MIGUEL DIEGO, T. de, 1987, pp. 46 y 191; BARRIOS GARCÍA, Á., 1997, pp. 267, 317, 322; CASASECA CASASECA, A., 1984, pp. 340-347; CASASECA CASASECA, A. y NIETO GONZÁLEZ, J. R., 1982, pp. 101-02; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1989, pp. 95-96; GÓMEZ-MORENO, M., 1967, pp. 395-396; LLORENTE MALDONADO DE GUEVARA, A., 1976, pp. 34, 130; MADOZ, P., 1845-1850 (1984), pp. 275-276; MARTÍN MARTÍN, J. L., 1985, p. 115; MARTÍN MARTÍN, J. L. *et alii*, 1977, doc. 264; PRIETO PANIAGUA, M.ª R., 1980, pp. 69-71.